



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13555

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.— Tres meses, 4'50 Id.— EXTRANJERO: Tres meses, 10 Id.— La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.— La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

VEIRNES 25 DE ENERO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correos póstales en Francia: Mr. A. Lorente, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.

Cuartillas sueltas

¡Cosas de España!

Nada más chistos que la lectura de la «Gaceta», ese viejo periódico oficial en el cual han dejado muchas de sus desiertos todos los ministros.—quien más ó quien menos, pero todos—que en España han sido. En sus amanzacotadas columnas se encuentra entre un «Excmo. Sr.» y un «Dios guarde á V. E., etc.», motivos suficientes para reír todo el año. Yo, lo confieso; prefiero su chispeante literatura, á las poesías cómicas de Pérez Zúñiga y á los chascarrillos de los almanagues de pared.

En la llegada ayer á esta ciudad, puede encontrar el lector la confirmación de mi aserto. Ved qué cosa más graciosa:

Es un real decreto del ministerio de Hacienda, por el que se crea una numerosa «comisión»—[otra más!]—que estudiará y emitirá dictamen acerca de las medidas que, sin causar perjuicio al consumidor, deben adoptarse para evitar que los precios de los cereales, en particular el del trigo, sean inferiores al tipo remunerador del cultivo.

Aparte del afán netamente español de ir amontonando comisiones informadoras y consultivas sobre la Administración para entorpecer, aún más de lo que ya se halla, su funcionamiento regular, el decreto va precedido de un preámbulo en el que entre otras de carácter retórico, se sienta esta chistosa y sorprendente afirmación: *«Cuando más barato está el trigo, más caro se vende el pan, la cual constituye un argumento esencial del decreto para llegar á su parte dispositiva.»*

¿Verdad que está hace reír más que Don Gonzalo á Don Juan Tenorio?

Las subsistencias

No es la primera vez que en estas mismas columnas nos hemos ocupado detenidamente del grave problema de las subsistencias.

Los artículos reputados como de primera necesidad aumentan de precio de una manera escandalosa y de continuar esta progresión ascendente, ha de llegar el día en que la vida se haga materialmente imposible para los que tenemos la suerte ó la desgracia de habitar en esta población.

Y es completamente inútil que un día y otro prediquemos sobre el mismo asunto; los que tienen el deber de atendernos se hacen sordos á nuestras justas demandas; pues la política todo lo absorbe y no les permite ocuparse de nada que con ella no se relacione.

Y esta indiferencia por parte de los que pueden ser motivo de graves disturbios y profundas perturbaciones sociales, dando margen á luctuosos sucesos, como los que acabau de desarrollarse en la capital de la monarquía.

Comprendemos perfectamente que se aumenten los precios de cualquier mercancía, cuando su aumento obedece á causas naturales que le justifican;

que; pero lo que resulta intolerable y no deben consentirlo jamás las autoridades sin hacerse cómplices de los especuladores faltos de conciencia, es que el pan, la carne, el aceite, supongamos, sufran un alza al ser vendido al detall, cuando su precio no ha variado en los centros de contratación ni en los almacenes que al por mayor lo expenden.

Y esto precisamente debe de ocurrir con el último de los artículos que hemos citado; en el corto intervalo de un mes ha experimentado dos variaciones, y ambas en alza, sin que el aumento obedezca ni á escasez de dicha mercancía, ni á alteración en los precios á que se cotizaba en el mercado.

Llamamos sobre este punto la atención de nuestras autoridades, para que en lo sucesivo eviten este abuso, que aun cuando redunde en general en perjuicio del público, se deja sentir con más tristes efectos sobre las clases más necesitadas.

El ejemplo debe siempre servirnos de estímulo, y precisamente lo ocurrido en Madrid con los tahoneros, será lección provechosa y elocuente que no debemos echar en olvido.

POLÍTICA INTERNACIONAL

¿NUEVA ALIANZA?

Los periódicos ingleses comentan una frase del Rey Eduardo VII, pronunciada con motivo de la felicitación que hizo al duque de los Abruzzos, cuando éste leyó en Londres su conferencia acerca de su último viaje de exploración científica.

En aquella felicitación parece que se hace alusión á «una Italia amiga y aliada.»

Esa frase produce gran conmoción política por haber sido pronunciada en momentos muy difíciles para la Triple Alianza, y cuando no es para nadie un secreto que existe una «entente-cordiale» entre Francia é Italia.

Unos suponen que existe ya un acuerdo entre Inglaterra, Francia, Italia, Portugal y España, acuerdo que muy pronto se convertirá en alianza pública y solemne.

Otros creen que sólo existen corrientes de simpatía, y que la frase pronunciada por el Rey Eduardo ha sido lanzada como exploración para ver el efecto que produce.

El asunto tiene extraordinaria importancia, pues frases de tanto alcance y trascendencia no son pronunciadas por los Reyes sin su cuenta y razón.

La Prensa dice que no es de extrañar ese lenguaje, pues ahora está de moda procurar el aislamiento de Alemania, sembrando recelos en Austria y haciendo caricias á Italia.

Sin emplear frases gruesas, se nota en el lenguaje de la Prensa que la frase ha producido verdadera sensación.

Hoy, sería ya de que los Gobiernos españoles, convencidos de la perjudicial política del aislamiento, seguidos hasta la fecha, entraran, sin peligrosas aventuras, en los congresos internacionales; pero no deben olvidar que los países que no aportan nada, suelen desempeñar papeles de figuras decorativas y que únicamente se atiende

á aquellos que saben hacerse respetar, por poseer poderosos ejércitos de mar y tierra.

UNA PROTESTA

El jefe del partido liberal de Cartagena, general D. Angel Aznar, ha protestado en un telegrama que ayer publica un periódico local, de los tristes sucesos acaecidos en La Unión hace muy pocas noches.

Dicho jefe niega la filiación de liberales á los verdaderos causantes del conflicto, y condena la publicación del periódico, que fué origen de las desmanes que todos conocemos.

Nosotros lamentamos y lamentaremos siempre que las pasiones políticas, lleguen hasta á conducir á personas respetables á tales excesos.

ANDALUZA

DISCRETO MACAREÑO

Por S. y J. Alvarez Quintana

—Niña, dígame usted, y usted perdona la pregunta: esa siya que tiene usted á su vera, ¿está arquilá como la de don Juan Tenorio?

—No señó, se la pué usted yevá si quiere.

—Ni yo quiero yevármela, ni la siya tampoco quedrá irse de su lao de usted.

—¿De verdá que no? ¿Entonces á qué viene la pregunta?

—Porque quito sentarme un ratito.

—¿Está usted cansao?

—Sí, hija mía: estoy cansao de bailá y cansao de tocá—de tocá la guitarra;— y cansao de cuatro ó cinco «cañuras» que han vento á la fiesta; y ahora quito probá si me canso de mirar á usted, que me paese un poquillo difícil.

—¿Sí?

—Como que soy capá, con tá de tenerla á usted delante, de pasarme dos años seguros en la postura der San Antonio é Muriyo.

—¿Sin comé ni ná?

—Sin come ni ná.

—¿Mirame este ojo!

—¿Cómo dise usted?

—¿Mirame este ojo! ¿De qué tierra ha salio usted, que no conoce er «timo» nuevo?

—Yo soy de pueblo.

—Ya se le nota á usted en la prenuasiación.

—Pero de pueblo y tó, le miro á usted lo que quiera.

—Hombre, pues mañana me va usted á «mirar» un décimo, á ve si me ha locao.

—Con mucho gusto, niña. Y gracias por la confianza.

—No hay de qué. Paese que se sijan en nosotros...

—¿Es eso desirme que estorbo, mo-rena?

—¡Tanto como estorbá, no señó!

—A vé, explíqueme usted er tanto ese, que aquí quieo yo que se me juegue limpio.

—Quieo desí que lo mismo se me da que esté usted aquí conmigo como que se vaya usted á su casa.

—¿Y qué voy yo á hasé en mi casa á estas horas?

—Usted sabrá sus obligaciones. Por mí pué usted hasé hasta juegos de manos pa divertí á toa su familia.

—Si no tengo familia, hija.

—¿No, pare?

—Si estoy en er mundo más solo que un chochero.

—¡Vaya por Dios!

—¿Qué no lo cree usted, pñinosa?

—Sí, rey; si usted debé de sé mu formá.

—Más serio soy que un paraguas liao.

—¿Mirame este ojo!

—¿Otra vez? Le miraré á usted los dos, que son dos luzeros é la mañana.

Me da usted permiso pa que me sienta?

—Como si quie usted acostarse, hijo mío.

—¿Güeno, pero eso creo yo que se pué desí poniendo otra cara.

—¡Ay, sabe usted que no tengo otra? Si no le gusta á usted, mire usted pa er sielo.

—Pa er sielo estoy mirando háse un rato. Pero ¿no porfa er sielo mirame á mí, aunque fuera con er rabiyó de una estreya?

—Ahora está nubliao.

—Pós lo dejaremos pa luego.

—¿Y si está nubliao todavía?

—Soplaremos pa que se vayan las nubes. ¿Es que tiene usted penas?

—¡Ay, que curioso!

—Cuéntemelas usted por su salud, miste que las penas se alivian confándolas.

—Pero si yo no tengo motivos pa está triste; ¿de dónde saca usted?...

—Como me habla usted así, tan seria...

—Como no me ha dicho usted ningún «gorpe»...

—¿«Gorpes» yo? ¡Cualquiera se la

dá aquí de grasioso!... ¡Pós no base, farta ná pa la competencia!

—¿Sí? ¿Sabe usted que me va usted resurtando un «chófon» mu grande?

—¿Y sabe usted, mi vla, que pa mí la «chufona» es usted y que quie yo que se acaben las «chúffas» y que hablemos un ratito formá?

—¿Formá? ¿Y de qué? Yo no tengo conversación.

—Ya buscaré yo una que á usted le guste. Miste, podemos hablar...

—¿De qué?

—De una ventana baja, verde y con flores que tiene su casa de usted en la cayejuela.

—¿Quién se lo ha dicho á usted?

—Estos dos que le han visto.

—¿Y pa qué tenemos que hablar de mi ventana?

—¡Tomal! Por pasá er rato... Y por si dá la casualidá de que alguna noche... ¿usted me comprende?... pasó yo por la calle... y da también la casualidá de que está usted asomito á la ventana...

—¡Mírame este ojo!

—Lo que yo le miro á usted es toa la cara, que va á acabá con er poco pelo que tengo.

—¿Entese usted petróleo mañana mismo.

No lo eche usted á guasa á le me-jó. Póngase usted seria.

—¿Me va usted á retratá?

—¡Ojalá fuera yo Muriyo!

—No le dé á usted tan fueria!

—¿Güeno, ¿y de la reja, qué?

—De la reja, ná.

—¿Na?

—Na.

—Pero, ¿ná?

—Pero, ¿ná?

—Pero, ¿ná, ná, ná?

La muchacha suelta la risa. El mío cito, «aprovechando» dice:

—¡Mirame este ojo!

S. y J. Alvarez Quintana.

TIEMPO PERDIDO

CURIOSIDADES.

El mes de Febrero de 1866 no tuvo luna llena. Este acontecimiento no había ocurrido desde la creación del mundo y no volverá á ocurrir en un periodo de dos millones, y medio de años.

—El número de diamantes conocidos, cuyo peso excede de 30 quilates, no pasa de 20 ejemplares.

—Tomando un término medio de

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 24

—¿Y por qué—le dije—en lugar del hábito que había usted conitado, y que ya he alterado, no toma usted la costumbre de vestir aquí á convertirse conmigo? Por lo menos puede usted hacerlo hasta que convengamos de allí, variando el trato acerca de la compra de este pahellón. Lo que usted necesita, es, según me ha dicho, poner su mente en tonalón para discurrir acerca de su invento; eso es lo que le ha usted todas las tardes durante su paseo. Yo he tractado todo eso; pero, ¿por qué no viene usted aquí y me habla de sus «teorías», de sus teorías? Yo no soy un hombre científico que pueda robarle á usted sus ideas... Yo, no conozco ni trabajo hombre de ciencia...

Al llegar aquí me detuve. Vi que meditaba en lo que yo le iba diciendo. Evidentemente, mi proposición le atraía. Por fin me contestó:

—Pero tanto incomodarme y aburrirme.

—¿Cree usted que soy completamente incapaz de apreciar lo que me diga?

—¡Oh, no! Pero los detalles técnicos...

—De todos modos, en contemplación de esta tarde me ha interesado muchísimo.

—Verdaderamente, lo que usted me proponía podría ser un gran recurso para mí. Nada espere tanto las propias ideas como explicarlas, y hasta el presente...

—Señor mío, no diga usted más. Quedamos con-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 21

trata, agorra, agorra... Era, pues, lo que me proponía un negocio que requiera gran diligencia y habilidad. Pero, por otra parte, la idea de que mi vecino se hallaba á punto de emprender alguna invención de valor extraordinario me interesaba mucho, y juzgué que sería mejor pensar en cómo ir más cerca de que la invención, que en ocuparme sin ningún fin propósito, sino equívocamente en un asunto que era mi distracción algo de mi momento no trabajo. En su consecuencia, traté de acercarme.

Con esta idea, me dirigí á la casa de mi vecino y le dije: «Señor, he venido á hablarle de una invención, la cual he inventado, y me gustaría que me enseñara su verdad y su utilidad.»

Hablaba como un hombre que no me acordaba de que yo era un hombre que no sabía nada de ciencia y que había inventado una invención que no tenía ni idea de su utilidad.

Con todas estas cosas, me quedé hablando con él una hora, y debo confesar que me quedé con la boca abierta y con el corazón en la mano.

En esta primera entrevista, me quedé con la boca abierta y con el corazón en la mano, pero, en conjunto, creo que me hizo mucho de lo que se trabaja.

En esta primera entrevista, me quedé con la boca abierta y con el corazón en la mano, pero, en conjunto, creo que me hizo mucho de lo que se trabaja.